

## MUCHACHA PUNC NATALIA CHÁVEZ GOMES DA SILVA

Hay un gato sobre la cama destendida de Lila Star. Se lame las patas de adelante y no sé bien qué color es porque la luz de ambiente es azul y tenue. Quizá sea gris. Hay afiches en la pared; uno de Halsey, otro más pequeño de Billie Eilish y otros carteles cuyos mensajes no quedan claros. Es una habitación rectangular de unos tres metros de largo por cuatro. Me hace recuerdo a la que tenía yo en casa de mis padres. Una habitación que era mi propia galería de arte, mi propio espacio curado según la marea de mi identidad: la época Disney, la época Art Attack, la época musical y la época punc con c y no con k porque nunca llegó a ser verdaderamente punk; fue una versión aguada de rebeldía porque no hubo nada que me hubiese afectado lo suficiente como para manifestarme contra ello.

Las habitaciones adolescentes son una mina de signos preciosos sobre los procesos de autopercepción: ¿Por qué escoger este artista sobre otro? ¿El mensaje es para mí o para quien entre a mi cuarto? ¿Lo estoy exponiendo o interiorizando?

Solo vemos el busto del cuerpo de Lila Star; lo corta una línea de lo que probablemente es el escritorio de su cuarto, un mueble que sus padres decidieron, amorosamente, colocar allí para que tuviese un espacio sobre el cual hacer sus tareas y, quién sabe, descubrir una pasión vital. También le pusieron una silla. También le compraron una computadora. Todas esas son asunciones, pero no imagino de qué otra forma habrán llegado a ese lugar los objetos: los adultos amueblan los espacios de los no adultos y los adolescentes los ocupan, adaptan y personalizan desesperadamente, como si de esa distancia que tomamos de los demás, es decir, ese tratar de alejarse de la catástrofe de ser como los demás, dependiera nuestra supervivencia.

Lila Star (19) nos mira desde su cuarto a través de la pantalla de su computadora. De nuevo, estas son asunciones, pero las puedo hacer porque el rectángulo que enmarca a Lila Star, su cuarto, su gato y su cama, está en el formato horizontal típico de una webcam integrada a una laptop. Cuando Lila Star escribe en el chat de la fiesta de Zoom en la que la he encontrado, sus manos se acercan al cuadro, es decir, a la cámara, y percibo los micromovimientos generados por el tamborileo de los dedos sobre las teclas. No escribe mucho, solo de vez en cuando pone “jajaja” o “qué deli, yo quiero fumar así”, en respuesta a lo que hace alguna otra persona que también entra en escena, que es cuando el cuadro de un usuario toma el centro de la pantalla mientras el resto, como jugadores en reserva, permanece en cuadros más pequeños en una columna en la zona derecha de la pantalla. Somos alrededor de treinta asistentes y todos los que tienen la cámara activada tienen chance de tomar la escena principal: somos veintiséis cuadros presentes (en algunos de ellos hay más de una persona). Estamos aquí gracias a un link generado por una discoteca de La Paz que se organizó para seguir dando fiesta a la gente durante el encierro físico de la pandemia.



El DJ es el único que tiene habilitado el sonido de su cuadro porque es quien escoge y pone la música. Él, como nosotros, está en algún lugar tocando su mouse y tocando sus teclas y manteniendo una aceptable distancia entre su cámara y su cara para que todo lo que ha escogido esté contenido en su cuadro. El DJ no tiene detrás de él un cuarto repleto de vestigios adolescentes sino una pared vacía, aparentemente blanca, en la que proyecta videos de su computadora, logrando un efecto visual de aura electrónica de luz alrededor suyo y sobre su rostro, con formas pregrabadas que se mueven sobre él como hilos de agua: dibujos animados, un árbol al que le da el viento, efectos gráficos abstractos de cubos y poliedros inflándose y desinflándose que rebotan como pelotas en los bordes de una piscina. Está con unas gafas oscuras de aspecto industrial o, en todo caso, una pieza apta para buceo. Sobre la nariz y la boca tiene una máscara de tela roja doblada en forma triangular y amarrada atrás de su cabeza. En la esquina inferior del cuadro que vemos cuando él entra en escena solo dice *DJEntertain*. Quizá ese es su nombre. Quizá su función. Quizá su propósito trascendental. El resto de su lugar está a oscuras. Podría haber alguien más ahí. Cuando DJEntertain entra en el cuadro es imposible ver si sonrío o si se ruboriza o si tiene trazos, impulsos o partes de humanidad.

Ale (21) y Luis (28) son una de las parejas de la fiesta. Están juntos en un solo cuadro en lo que pareciera ser una tienda de piezas automotrices, emprendimiento familiar de algún abuelo o bisabuelo que dedicó su vida a un sueño. Detrás de ellos se ve el metal de una puerta de almacén que divide o bien, la tienda y la calle, o un depósito y la tienda, o un taller depósito-tienda y el mundo. Es uno de esos portones que se enrollan sobre sí mismos en la parte superior del marco y que chirría al subir y se golpea a sí mismo y suena tal como esperamos que sonase la lámina de lata que es. Ale y Luis visten ambos buzos gruesos para el frío. Parecen piezas suaves y blandas; el tipo de ropa que huele a cama y jabón de ropa. Frente a ellos, vemos varios objetos dispuestos espontáneamente; se nota que no han sido acomodados para ser vistos, sino que han ido quedando donde están a medida que fueron usados porque seguirán siendo usados. Entre las cosas de Ale y Luis vemos: una lata de cerveza, un cenicero lleno de colillas, una botella de vidrio claro medio llena, una botella de "Sprite" medio vacía, una pipa de vidrio y otros escombros de rutina. Me pregunto cómo será la mesa en la que está la computadora cuya cámara los está apuntando para nosotros y además me quedo muy atenta a su cuadro, aun cuando se hace pequeño y se acumula con el resto de los cuadros que no está en el espacio principal de la escena. Los busco en la miniatura porque quiero ver qué hacen. Están juntos y hablan entre ellos y sonrían mientras apuntan cosas que ven en la pantalla; imagino este momento en una plaza física: una pareja sentada un sábado en la tarde-noche en un lugar al aire libre en el que miran pasar a las familias y a sus perros y a grupos de amigos y comentan sobre ellos. Así comienzan las conversaciones, con un detonante de observación. Luis dice: "Mirá, se nota en la cara de ella que esos están peleando" y Ale dice: "No necesariamente, quizá solo sea muy seria o esté concentrada en alguna cosa" y Luis dice: "Ah, pero esa es la cara que siempre ponés vos cuando no estás de acuerdo conmigo". Y así

empieza una discusión. Empieza así una noche de sábado en la que se está viviendo la vida junto a alguien que está también viviendo su vida al mismo tiempo y en el mismo lugar. De vez en cuando, frente a la cámara, Luis y Ale se dan un beso corto, pero no lo hacen para nosotros, se nota, lo hacen porque quieren hacerlo. Los ilumina una luz blanca que parece provenir de una lámpara de escritorio y nada más, no hay ninguna otra luz. En un par de oportunidades creo ver a Ale bajando la cabeza sobre la mesa con un dedo aplastando uno de sus orificios nasales. Al incorporarse, se pasa el dorso de la mano debajo de la nariz para limpiarse.

Maurixio (26) es un chico que parece pequeño; tiene el cuello corto y grueso. El cuadro en que lo vemos tiene disposición vertical, por lo que asumo que está conectado a la fiesta desde su celular. También lo intuyo por el ángulo, porque está en un moderado contrapicado de apertura limitada: solo vemos el cuerpo de Mauricio desde las caderas para arriba. El espacio en el que está tiene escaso protagonismo: no sé decir qué es. Intuyo, sin pruebas ni indicios, que es una lavandería o incluso un baño en reforma o desuso, pero esto solo porque veo azulejos detrás de él cuando acerca a su pantalla para escribir algo con las yemas de sus dedos. Seguramente el celular está apoyado en la esquina que hace un mesón en el que no hay nada y una pared. Él está la mayor parte del tiempo bailando, pero de una forma extraña y contenida; como si los bordes del cuadro en el que está fueran los límites de sus movimientos. Se preocupa por no hacer ademanes que hagan que sus manos salgan de cuadro. Sonríe coquetamente, confiando en la efectividad de su gesto. Sonríe con todo el rostro. Uno de sus pasos de baile consiste en hacer como que monta un caballo: con los puños extendidos ante sí mientras hace saltitos rítmicos que mueven sus caderas de un lado a otro y de atrás para adelante. Lo hace en serio, pero como chiste porque, al terminar de hacerlo, baja los brazos sonriendo y meneando la cabeza como diciendo “qué vergonzoso, caray”. Siento cariño por Maurixio que quiere entretenernos a costa suya. Deseo que alguna de las chicas de la sala le hable por el chat o aprecie su esfuerzo. Parece un chico tierno, de los que se levantaría a saludarte cuando llegás un lugar.

En otro cuadro están dos chicos que llamaremos *Los Flacos* (35), porque son dos chicos sin camiseta con las costillas a punto de perforar sus pieles. La luz celeste del espacio en el que están es indescifrable; pareciera venir de arriba pero también de dos reflectores que apuntan desde el piso. El plano es amplio; en él entran los cuerpos completos de los chicos, el techo -de donde cuelga un foco- y el piso, sobre el que vemos un colchón, almohadas, una caja de cartón y un par de turriles volteados sobre los que hay objetos misceláneos. Pegadas desde el techo, distribuidas por todo el espacio que cabe en cámara, hay bandas de telas y de papel de unos diez o quince centímetros de ancho que llegan casi hasta el piso y que se mueven cuando ellos las rozan al bailar. Están en movimiento todo el tiempo; aún cuando su cuadro no es el principal. Mueven sus brazos ampliamente, como si sintieran que están en el mar y quisieran hacer ondas a su alrededor. Hasta pareciera que las ven. Hacen algo similar con las piernas: como si estuvieran montando y desmontando bicicletas invisibles. El único objeto que soy capaz de

descifrar entre todos los que hay desparramados por el piso -todo el tiempo en que están en cuadro central temo que pisen alguno, se corten la planta del pie y se desangren- es un bong humeante y vaporoso al que se acercan de vez en cuando, del que absorben con los ojos cerrados y levantan la cabeza hacia el cielo, gozando o rezando o tratando de empujar hacia atrás y abajo, con mucha fuerza, un pensamiento.

Juliata (23) se ha puesto una imagen de fondo así que no puedo especular sobre su vida. Usa un gorro de lana y su cabello lacio y oscuro forma dos macizas columnas alrededor de su cara perfectamente simétrica. Parece un rostro esculpido en cuarzo ocre, con los relieves filosos y cortantes, nada de pulido, nada de suavidad innecesaria que dé la impresión de que, en las manos, esa pieza producirá una sensación placentera. Cortará y dolerá, provocará surcos y marcas extrañas que demorarán unos minutos en irse. Un efecto en la memoria. Juliata toma de un vaso de vidrio mirando a la cámara, no a la pantalla, lo cual me hace pensar que sabe exactamente dónde están mis ojos. Cuando le toca el cuadro principal, es decir, cuando su imagen se hace grande para todos, baja el vaso y sonríe sin mostrar los dientes. Menea suavemente la cabeza como único gesto de baile sin quitar los ojos de la cámara. Es el único contacto visual que tengo en toda la noche. Ella nos ve.

Lila Star ya ha salido en la pantalla varias veces. Ha progresado de la lata de cerveza con la que empezó la noche a un vaso de plástico rojo y luego a una botella de ron que estaba llena pero que ahora, unos cuarenta minutos después de su primera aparición, está en su último tercio. Cada vez que está en el centro, Lila Star arroja su cabeza hacia atrás y acerca el pico de la botella a su boca que lo detecta y atrapa en un movimiento de succión. Esta secuencia dura el tiempo exacto como para tomar cuatro tragos, dejar la botella y mirar a la zona del chat en busca de reacciones. Algunos dicen “¡salud!”, otros “¡esa!”, otros “¡qué rico!”. Lila Star sonríe satisfecha de la retroalimentación instantánea que recibe su acto.

Como un niño que se da cuenta de la sensación agradable que le generan las risas de los adultos cuando dice “Carajo” o alguna cosa así de desalineada a su personaje infantil que, precisamente por lo inesperado y lo desencajado, resulta cómica, Lila Star analiza sus resultados: mientras más da, más obtiene. ¿Qué da? ¿Qué obtiene? No lo entiendo y tampoco creo que ella lo entienda, pero no hay tiempo de pensarlo mucho: esto -eso- se siente bien y por ese momento en que el futuro todavía no se asoma, es suficiente. Entonces, Lila Star sigue dando: cada vez que toma el escenario, bebe durante más tiempo. Hasta se consiguió una segunda botella. Noto que ha cambiado de ropa: no sé si se puso otra cosa o simplemente se fue sacando prendas que tenía. Había empezado la fiesta con una camiseta blanca y un pantalón gris; ahora está usando un top deportivo y shorts. Al inicio bailaba sentada en su silla, ahora está todo el tiempo de pie, con la botella en la mano, esperando el momento preciso en que sale en pantalla para darse la vuelta y hacer twerking.



Ale y Luis siguen en su lugar. La botella de vidrio está ahora vacía y ya no hablan mucho entre ellos. Ale está apoyada en el cuello de Luis mirando a la cámara. Todavía levantan sus vasos cuando se les enfoca.

Los Flacos siguen moviéndose por toda su habitación. La música que pone DJEntertain tiene un beat estable que ha permitido que todos los cuerpos que lo escuchan tengan material para moverse. Es una especie de tecno reguetón que mantiene el guiso de cuerpos a fuego medio, burbujeando durante la noche; nunca nos lleva a punto de ebullición quizá por miedo al clímax.

Resulta que DJEntertain tiene un gran poder sobre la forma del presente. Su música es lo que produce en nosotros una sensación tras otra tras otra hasta que él decida parar. Corporalmente, la seguimos, no nos despegamos de un ritmo y eso es lo que nos mantiene aquí, presentes, existiendo sobre ella. Existiendo en intervalos de cuadros. ¿A quién vemos ahora? ¿Y ahora? ¿Y ahora? Secuencias de horas que nos mantienen en la inercia de un solo plano de características constantes a las que ya nos hemos adaptado. Ritmo.

Un cambio de velocidad podría ser catastrófico; podría expulsarnos de órbita. Podría hacernos dar cuenta de lo absurdo de toda esta situación y provocarnos vergüenza. Podría romperse el encantamiento de que somos parte de algo solo por estar ahí al mismo tiempo.

Y bueno, gracias a la especial capacidad de DJEntertain de manipular el tiempo, los efectos de los líquidos, gases y polvos que fuimos metiendo a nuestro cuerpo a lo largo de la noche se potencian. Pero hay cosas inevitables y el desgaste es una de ellas. Los asistentes vamos llegando a cierto pico químico de la sustancia usada durante la noche. Lo hacemos en momentos distintos, en los tiempos particulares de cada organismo. La tendencia a resultados heterogéneos es, paradójicamente, un denominador común a toda experiencia grupal. Ni toda la fuerza vibratoria generada por DJEntertain podría salvarnos de esta dolorosa ruptura. Cada uno, llegado su pico, debe decidir si seguir subiendo o comenzar a descender.

Lila Star se ha quedado quieta y con los ojos vidriosos mirando su pantalla. Su gato se acerca a lamerle el antebrazo que tiene sobre la mesa. Juliata está chateando en su celular, ya no nos mira con sus ojos de espadas. Luis y Ale se han desconectado. Los Flacos están uno acostado sobre el colchón y el otro golpeando uno de los turriles con una atención extraña, como si estuviera creando un mensaje para sí mismo y, a la vez, intentando descifrarlo como si lo desconociera. Maurixio, el buen Maurixio, extiende la mano ya no para cabalgar sino para lo que parece una despedida. Mi pecho se llena de tristeza hasta tal punto que casi siento asfixia. Antes de que él deje de mover la mano, cierro la computadora. No aguanto las despedidas.

En ese primer instante de vacío total de sonido e imágenes, trato desesperadamente de entender qué pasó, como si hubiera salido de un trance o como si hubiera vuelto de un viaje intergaláctico y tuviera que explicárselo a

alguien ahora mismo para continuar con una misión de la que dependiera la vida en la Tierra. Trato de ponerlo en palabras como si fuera mi llamado hacer de esto una parte de la historia del mundo. Trato de decir explicar ese espacio de tiempo: “fue la duración de un estado suspendido”. No: “fue la dilatación de la duración de un estado suspendido”. No, es insuficiente: “fue la disolución de la idea de qué es una persona en la dilatación de la duración de un estado suspendido”. Sí, eso es lo más próximo. O lo menos lejano.

---

***Texto escrito por Natalia Chávez Gomes da Silva***

